

El general Curial y la literatura

[Rosa Navarro Durán]



Clémentine Curial.

A Javier Fresán, matemático, porque descubrió que la librería parisina «Le Merle Moqueur» está en la Halle Curial, junto al número 5 de la calle Curial.

En el pilar Este del Arco de Triunfo de la Avenida de los Campos Elíseos cualquier curioso puede leer, en la columna 17, el nombre de Curial. Fue uno de los generales de Napoleón y está tras Carra Saint-Cyr y Decouz y antes de Beaumont. También París le dedicó una calle al general Curial, en el distrito 19; junto a ella se construyó el primer servicio de Pompas Fúnebres, inaugurado en 1874, hoy convertido en centro cultural; y en la ciudad de Chambéry, un antiguo cuartel, también reconquistado por la cultura, lleva asimismo su nombre: Carré Curial. Confío en que el lector esté ya preguntándose a qué vienen tales detalles sobre un personaje del que seguramente nada saben, como me pasaba a mí hace unos meses. Si siguen leyéndome un rato más, verán que nos ofrecerá un ejemplo de cómo, con el tiempo, las letras vencen a las armas; y no está mal tenerlo en cuenta. Primero les voy a presentar al personaje, que bien lo merece.

Philibert-Jean-Baptiste-François Curial nació el 21 de abril de 1774 en Saint-Pierre-d'Albigny, en la Saboya, entonces aún italiana. El abuelo paterno era campesino, y el materno, abogado, como su padre, que en 1792, cuando las tropas francesas invadieron Saboya, se puso a su lado. Sus dos hijos se enrolaron en el ejército; uno de ellos, nuestro general Curial, logró alcanzar los más altos honores por su heroísmo en numerosas batallas en el ejército de Napoleón; luchó en tantas tierras como lo hizo el emperador: desde Egipto a Rusia, y, por supuesto, en España; participó heroí-

camente en las batallas de Iena, Eylau, Essling, Wagram... En 1814 Napoleón lo nombra conde del Imperio; pero no acude con rapidez en su ayuda en sus últimos momentos de desgracia, y en cuanto se restaura la monarquía borbónica con Luis XVIII, Curial se rendirá a sus pies. Napoleón, a la vuelta de Elba, le retirará su favor, y el general ve frenada su carrera. Tendrá que esperar a la restauración borbónica para recuperar sus cargos cortesanos y para seguir aumentando sus honores. Miembro de la Cámara de los Pares, Gentilhombre de la Cámara del Rey, Primer Chambelán, «Maître de la Garde-Robe», Caballero de las Órdenes del Santo Espíritu y de San Miguel, Gran Cruz de la Legión de Honor, Comendador de San Luis, Gran Cruz de la Orden de San Fernando...

Su carrera y su salud empezarán a declinar tras una desgraciada caída camino de Reims para asistir a las fiestas de coronación del nuevo —y ultrarrealista— rey Carlos X, en mayo de 1825. El coche en el que iba con otros tres grandes nobles seguía inmediatamente a la carroza real; al desbocarse los caballos de esta, tuvieron que ir al galope para seguirla; se logró frenarlos de golpe, y el coche, para evitar el choque con la carroza, no tuvo tanta fortuna y se precipitó a un foso. El general Curial acaba con dos costillas hundidas y con la bala que ya tenía alojada en el pecho de una batalla africana acercándose —parece— peligrosamente al corazón. No se recuperó nunca del todo de las secuelas de la caída aunque fue destinado aún con un alto cargo —«Directeur du Camp»— a Saint-Omer. Morirá el 30 de mayo de 1829. Como dice Stendhal en carta de 6 de agosto de 1828 a Madame Jules Gauthier: «Ce pauvre général Curial se meurt toujours, mais ce n'est pas de la poitrine, c'est des entrailles». La cita ya indica al lector que ambos personajes se conocieron, y este hecho será clave para mi historia, como verá.

Hay dos momentos de la vida del general que me interesan especialmente: su boda con la hija de Jacques Claude Beugnot (1761-1835), Clémentine, el 14 de marzo de 1808, y su presencia en la guerra de Cataluña, en 1823, a la cabeza de la quinta división de los Cien Mil Hijos de San Luis —llamada «división Curial»—, bajo el mando del mariscal Moncey.

Su suegro, el conde Beugnot, compite con él en honores y condecoraciones —Napoleón lo nombra conde del imperio en 1809—; pero su destacadísima actuación no lo fue en campos de batalla, sino en la gestión política, como diputado y en numerosos cargos públicos: fue ministro del Interior y ministro de la Marina (uno de sus logros, que hasta hoy perdura, es el haber restaurado la fiesta dominical en Francia). Beugnot era persona muy bien si-

tuada en la vida política y social en París cuando el general se casa con su atractiva e inteligente hija, Clémentine (1788-1840). Con esa ventajosa boda para ambos acabó la preocupación de Beugnot, que veía que su hija tenía ya veinte años y seguía soltera (el coronel Morland, a quien la había destinado, se había muerto en Austerlitz); como él dice en carta a su esposa: su «vieille fille» estaba bajando de «precio» y le pesaba ya en los brazos. Cuando la casa con Curial, le escribe a un amigo suyo: «he hecho un buen negocio», porque le aportaba riqueza y honra —añade. El general era apuesto y llevaba sobre sus hombros una carrera fulgurante. Su primer hijo, Napoleón, fue ahijado del emperador; Bathilde, una de sus hijas, morirá en enero de 1827 a los doce años, y su nombre —como veremos— ha pasado a la literatura. Curial dio cumplida cuenta a su esposa de sus campañas militares en cartas bien escritas —era buen prosista—, aunque más parecen diarios de campo: «A tres jornadas de Aranda, mi querida amiga, hemos topado con el enemigo sobre los altos de Somosierra; eran 10.000 hombres...»; «2 de diciembre, estamos ahora, desde hace dos días, ante Madrid, que, a pesar de las tropas de línea, ha querido defenderse. Es el pueblo el que gobierna».

EL AMOR Y LA CREACIÓN LITERARIA

Tras esos dos esbozos biográficos de tan altos personajes, voy ya a darles el primer dato esencial: Clémentine Curial fue amante de Henri Beyle (1783-1842) de 1824 a 1826; se habían conocido años antes, en 1814, en el castillo de su madre, en Bonneil-sur-Marne, en cuyos jardines, se dice que el escritor corrigió su *De l'Amour* (1822). «Je t'aime à la passion» le dice él a Clémentine —Menti— en carta un día impreciso de 1824; pero también: «Je n'ai retrouvé nulle part la conversation et la confiance, je ne parle pas de l'esprit»; pasión amorosa unida al deleite espiritual. Y el fin de su historia de amor lo sabemos con precisión porque un desesperado Stendhal nos lo dirá: el 15 de septiembre de 1826 («je suis réellement au désespoir» dice en carta al barón de Mareste el 23 de octubre). Dos años más tarde, un 2 de septiembre de 1828 seguirá anotando: «*In thirteen days two years*», y se acuerda entonces, «cuando el amor muere», de las acciones de Menti ofensivas a la vanidad; así lo dice en sus notas al margen de un ejemplar de su novela *Armance*. Stendhal se le había declarado en el bosque de Antilly, tan presente en este relato; y en el testamento que redacta en septiembre de 1837, manifiesta su deseo de ser enterrado allí; un año antes, ha vuelto a ver a Menti y ha intentado en vano reiniciar su historia amorosa: de las cenizas no nace el fuego, le ha dicho ella sensatamente.

Cualquier estudioso de ese extraordinario escritor sabe, pues, muy bien quién fue Clémentine Curial y la huella que dejó en su vida y, lo que es muchísimo más importante, en su obra. No tienen más que ir al castillo de Monchy-Humières, que compró el general —hoy con un campo de golf creado por una dama japonesa—, y descubrirán que en su bodega tuvo escondido Clémentine a Stendhal, en una de las furtivas visitas, y allí saciaba su hambre y su amor. Si releen el episodio que da fin al libro primero de *Le Rouge et le Noir* (1831), en que Mme. de Rênal lleva comida a su Julien Sorel, al que ha ocultado en una estancia de la magnífica mansión de Verrières, podrán imaginar la escena real que protagonizaron nuestros personajes en el castillo que el conde Curial compró en 1813.

La enfermedad de Stanislas-Xavier, el hijo pequeño de Mme. de Rênal, provocará los remordimientos de la bella dama, educada en el Sagrado Corazón, como Menti, y la vivirá como castigo divino por su pecado de adulterio. Y aunque el niño recobra la salud, la dama no puede ya recuperar su equilibrio al comprender la magnitud de su pecado (I, 19); sin embargo, serán cartas anónimas las que aumentarán su infierno al hacer que su marido se entere de lo que pasa. Aunque todo ello es espléndida novela —que leyeron muy bien Balzac, Flaubert y también Clarín—, como indica Henri Martineau, tan buen conocedor de Stendhal, es muy probable que detrás de este episodio esté la enfermedad —que empezó en agosto de 1826— y muerte de Bathilde, la hija de Menti, y, por tanto, su posible reacción emocional.

En la exquisita primera novela de Stendhal, *Armance* (1827), que apareció anónima con el subtítulo de «o algunas escenas de un salón de París en 1827», hay un pasaje esencial, donde se nos da la clave de lectura de la obra: se habla en ella de Abelardo y Eloísa (el modelo de los protagonistas y un homenaje a *La Nouvelle Héloïse* de Rousseau). En el cementerio parisino de Père-Lachaise, Octave, además del monumento de Abelardo, ve «el lugar donde reposa la joven B...» y llora: «et lui donna des larmes». En 1947 François Michel supo descifrar esa inicial y llenarla con el nombre de Bathilde Curial; y Bathilde es el nombre de la heroína de la última novela de Stendhal, la inacabada *Lucien Leuwen*, cuyos prefacios fecha en 1836; pero es ya la madre, Menti, la que está detrás de la creación de ese maravilloso personaje femenino.

Armance, una verdadera filigrana de estilo, es una novela que empezó a componer Stendhal a comienzos de 1826, la abandonó, y se convirtió luego en su refugio cuando acabó la historia de amor con Clémentine

(Armance es el nombre de la heroína, pero también de un río que fluye por la región de Aube, y Menti había nacido en Bar-sur-Aube). Lo dice el propio novelista: «Repris comme remède le 17 septembre 1826, terminé le 10 octobre». En las correcciones a algunos pasajes del texto ya impreso, que hizo el novelista en Italia, reaparecen Menti y el general Curial, o en sus cartas; en la citada de agosto de 1828, le dice a Mme. Gauthier a propósito de *Armance*: «Es la historia de un señor que se parece a M. de Curial. No hace falta decir que es diputado». Ese diputado es de provincias y hace un torpe comentario a Octavio, el protagonista, sobre «los dos millones que él iba a votarle», y el desprecio hacia él del joven vizconde fue tan evidente que hasta un provinciano pudo advertirlo. Esa votación se refería a la ley de indemnización, que compensó a los nobles por los bienes requisados por la revolución. Nunca hay simpatía alguna hacia el general Curial ni tampoco hacia su suegro, el conde Beugnot, que aparece como el marqués de Pontlevé en *Lucien Leuwen* y está solo atento a las rentas que cobra su hija.

En el protagonista de *Armance*, en Octavio, Stendhal proyecta todo su dolor, todo el desespero que vivió durante meses tras su ruptura con Menti; así anota al margen de un pasaje: «Je ne vois qu'une seule pensée, hors de cette idée fatale, il n'est rien, aller au devant d'une douleur que semble toujours nouvelle». Martineau indica cómo el capítulo xx del relato —una maravilla de expresión del dolor del alma— es uno de los más directos deudores de lo que había sentido Stendhal por el abandono de Menti. No olvidará nunca la vivencia de ese sentimiento y lo recreará de nuevo en su última e inconclusa novela, *Lucien Leuwen*. La espléndida protagonista, adorada por Lucien, Mme. de Chasteller, se llama Bathilde y es viuda de un general. Y el apellido hay que relacionarlo con el de Mme. du Châtelet o Chastellet, amante de Voltaire, la gran física, traductora y divulgadora de Newton. Ella es «ultra», es decir, partidaria de Carlos x, tremendamente conservadora, y Lucien, republicano; pero como debió de ocurrir en la vida: «Lucien le había sacrificado a ella su liberalismo, y ella a él ser ultrarrealista; estuvieron los dos perfectamente de acuerdo en ese punto» (cap. xxxii).

Menti escribió a Stendhal más de doscientas cartas; pero a la muerte del novelista, alguien las hizo desaparecer, y solo nos quedan algunas, muy pocas, en donde puede comprobarse que Henri Beyle tuvo una interlocutora a su altura, de ahí que sus posteriores amantes no lograran borrar la imagen literaria de esta gran dama, Clémentine Curial. El 24 de junio de 1824, en plena pasión, Stendhal

escribe a Menti sin poder descansar por las ideas negras que el silencio de ella le provoca: ¡no le ha escrito ni la víspera ni por la mañana de ese día! Y, ya desesperado, «mon noir chagrin s'est amusé à composer la lettre suivante, que peut-être tu m'écriras avant peu», porque «¿qué te costaba escribirme una palabra!». Y le escribe, imponiendo su voz, la carta que —dice— tendrá él el dolor de leer: «Tú me has exigido, mi querido Henri, la promesa de ser sincera...»; y así Stendhal le manda a ella la carta de despedida que imagina que ella podría haberle escrito: «Adiós, mi querido amigo, seamos razonables los dos. Acepte la amistad, la tierna amistad que yo le ofrezco...». No había llegado aún este estadio de su relación, pero ahí está ese arabesco de vivencia de dolor imaginado, dirigido a una mujer que puede entenderlo perfectamente.

A estas alturas no creo que nadie dude de que los honores y medallas del general Curial han quedado ya en un segundo plano, aunque su nombre perdure en la piedra y tenga un lugar destacado en la épica napoleónica. Si no hubiera sido porque en la calle Curial de París hay una librería..., tal vez nunca hubiera llegado yo a hablarles de él.

LAS ARMAS Y LAS LETRAS

Stendhal estuvo en Figueras (Gerona) y en Barcelona. En el capítulo xxii de su *Lucien Leuwen*, el narrador cuenta cómo, al caer la noche, Bathilde, tras su persiana, miraba a la calle respirando a través de un tubito de papel de regaliz («de réglisse») que se ponía en los labios al modo en que lo hacía Leuwen con sus cigarros. Así, a las once de la noche, en medio del profundo silencio de la calle de la Pompe, ella saboreaba el placer de oír de nuevo en las manos de Leuwen el ruido del papel de regaliz que se desgarraba al quitarlo del librito y que se pliega al liar él su «cigarrillo» (*sic*). El vizconde de Blancet tenía el honor y la felicidad de proporcionar a Mme. de Chasteller esos libritos de papel que, «comme vous savez, l'on fait venir de Barcelone». La escena es deliciosa, y me ha permitido seguir un poco más con la exquisita prosa de Stendhal. Pero lo abandono ya, tras entrar en tierras catalanas, porque suenan de nuevo los odiosos clarines de la guerra.

Estamos en 1823, y entran en España los Cien Mil Hijos de San Luis, las tropas francesas que manda Luis xviii en ayuda de Fernando vii contra los liberales y defensores de la Constitución de Cádiz. Al frente del ejército francés está el duque de Angulema, que luego reinará como Carlos x; las tropas que invaden Cataluña lo hacen bajo el mando del mariscal Moncey, duque de Conegliano, y su quinta división tiene como jefe... al ge-

neral Curial. Volvemos, pues, al personaje del comienzo de esta historia.

La *Gaceta de Madrid* nos proporciona datos sobre las operaciones militares del general, de nuevo en España, pero bajo otro patrón (no con Napoleón, sino bajo los Borbones). Así sabemos cómo «el día 24 de mayo a las dos de la mañana, las tropas de la quinta división, mandadas por el teniente general conde Curial, han sido atacadas en Mataró por los generales revolucionarios Milans y Llovera». El resultado es que «la quinta división no ha perdido más que tres hombres muertos y ha tenido quince heridos. El teniente general conde Curial hace el mayor elogio del valor con que las tropas de S. M. han sostenido el honor de nuestras armas. El resultado de este acontecimiento ha desanimado enteramente al partido revolucionario que hay en Barcelona». Es noticia fechada a primero de junio de 1823. El 19 de julio se publica el parte de guerra que el mariscal Moncey ha enviado al Ministro de la Guerra dándole cuenta de cómo se ha logrado el 23 de junio vencer al enemigo en Molins de Rey, lugar estratégico para Barcelona por su puente. Es también el general Curial quien logra la victoria primero y luego bloquea la ciudad de Barcelona: «Mientras la división Curial ejecutaba las operaciones de bloqueo, ha hecho el enemigo una salida en dos columnas, la una por Monjuí y la otra por Barcelona». Y el 7 de julio, a media noche, el mariscal duque de Conegliano le dice al ministro secretario de Estado de la Guerra: «Monseñor: El movimiento sobre Barcelona de la quinta y décima división comenzará mañana 8 de julio».

En 1835 se publican en Barcelona, traducidas, las *Memorias sobre la guerra de Cataluña, en los años 1822 y 1823* de Florencio Galli, «edecán del general Mina»; y desde su posición privilegiada en el bando contrario, en el de las tropas constitucionales mandadas por Espoz y Mina, narra la derrota que sufrieron en Cataluña ante las tropas francesas. Cierra su crónica con la «capitulación de Barcelona»: «Ya no existía nuestro ejército más que en el nombre, mientras se aumentaba extraordinariamente el de los enemigos. Sujetado el Aragón, pudieron las tropas del mariscal Lauriston acercarse a las de Moncey y no formar con estas, por decirlo así, más que un solo cuerpo [...]. Sosteníase en verdad vigorosamente Barcelona, y hostigábase a sus sitiadores con no interrumpidas salidas». No pueden resistir, y se firma la capitulación; «Tarragona y Hostalrich siguieron la suerte de Barcelona». El general Curial con su quinta división tuvo parte en todo ello.

Como hemos visto, no le quedaba mucho tiempo para actuar en el teatro de la guerra ni conseguir más ho-

nores o puestos. Y, sin embargo, su nombre se ha convertido en el del protagonista de una obra capital de la literatura catalana, bien es cierto que, según las historias de la literatura, de la primera mitad del siglo XV: *Curial e Güelfa*. En el n° 96 de *Clarín* escribí sobre los «misterios en una extraña novela», de esta novela: «ce singulier mélange de *gothique* et de *renaissance*», según la definió su descubridor, Manuel Milá y Fontanals, en un breve artículo de 1876 publicado en francés en la *Revue de Langues Romanes*. No hay rastro ni noticia del relato en texto alguno anterior, y el único códice se conserva en la BNE (n° 9750), que es donde dice que lo «descubrió» el extraordinario erudito catalán. Y curiosamente añadió: «a lo que parece inédito», cuando es imposible que tal estudioso no supiera con certeza que lo era, y es además rarísimo que no proclamara descubrimiento tan extraordinario a los cuatro vientos.

Como dije entonces, *Curial e Güelfa* es una novela histórica, «gótica», escrita por el propio Milá y Fontanals, como ya afirmó en 1991 Jaume Riera i Sans, sin éxito alguno. Entonces yo señalaba en el texto huellas de lectura de obras de los siglos xv al xvii, desde *Petit Jehan de Saintré* o *Tirant lo Blanc*, desde *La Celestina* al *Quijote* o el *Marcos de Obregón*, sin olvidar la presencia en él de *El cortesano*, del valenciano Luis Milán (1561); más tarde vi el influjo de pasajes concretos de las novelas góticas de sir Walter Scott (*Ivanhoe*, *El talismán*, *Quentin Durward*, *Una leyenda de Montrose*, etc.). Y hoy quiero solo llamar la atención sobre los nombres de algunos personajes de la obra.

Ya sabemos el de los protagonistas: Curial, que significa «cortesano», y, por tanto, se sitúa en la línea de *El cortesano* de Castiglione y, sobre todo, del citado *Cortesano* de Luis Milán; y Güelfa, que no es un nombre propio, sino el que se aplicaba a los partidarios del papa frente a los del emperador, los gibelinos; bien es cierto que la bella joven enseguida será, por su boda, señora de Milà, de Milán (ciudad güelfa); pero esa condición nos lleva precisamente al apellido de su descubridor, Milá y Fontanals (hay más guiños a él en la obra por la presencia de un milano, milà, en la divisa de Curial). El tercer personaje esencial en la historia será el procurador de la dama, que administraba en su nombre Milán; hombre muy sabio, discreto y valeroso, «ja de edat de cinquanta

anys» cuando empieza la historia, que se llama Melchior de Pando. Frente a la ausencia de apellidos de los protagonistas, él tiene nombre y apellido... de dos escritores del tiempo del genial erudito: Melchior de Palau (1842-1910) y el asturiano Jesús Pando y Valle (1849-1911).

El hermano de la Güelfa es el marqués de Montferrat, también personaje de Walter Scott, de su *Talismán*, porque es una recreación de Conrado de Montferrato, aunque aparece en la obra del escocés con la grafía «Montserrat». Se casará con Andrea, la hermana del señor de Milà, que se desposará a su vez con la Güelfa (ella enviudará a los dos años). Pero el lector sabe bien que Andrea no es un nombre femenino en italiano, ni tampoco lo era en catalán medieval; por ello el escritor, que se ha divertido eligiéndolo porque así puede llegar al equívoco al decir que el marqués estaba tan enamorado de ella que olvidaba todo lo demás, era un «afeminat señor»; y el término significa las dos cosas. Podría seguir con otros nombres, por ejemplo, los de las hijas del duque de Baviera, que se llaman ¡como las Parcas! Laquesis y Cloto; pero como me estoy alejando de mi objetivo, vuelvo a él: regreso a Curial.

Dentro de la misma novela, se ríen los reyes de Francia del nombre que tiene la doncella de la Güelfa, Festa, y que es un guiño literario a Plaerdemavida, la ingeniosa doncella de Carmesina, en el *Tirant*; pero también del propio nombre del protagonista. Cuando Festa le dice al rey que el caballero se llama Curial, él exclamará: «Ah, santa María! E quins noms!», «¡qué nombres!».

Milá y Fontanals nace en 1818, y su hermano Pablo, con el que estuvo siempre muy unido, en 1810. Cuando el general Curial toma Molins de Rey y bloquea Barcelona, en 1823, Milá solo tenía cinco años, pero su hermano Pablo ya tenía trece, y tuvo que vivir la guerra y saber de la invasión francesa. ¿Sería el nombre del general Curial el que se quedó en la memoria de los dos hermanos y acabó transformándose en ese personaje literario? Como su significado, el de «cortesano», cuadraba maravillosamente a su personaje, el recuerdo se convertiría en hallazgo. E iba a ser la última victoria del general: sobrevivir en el terreno literario, aunque solo fuera nominalmente, y hacerlo como caballero en una novela catalana «gótica», que anda por los libros con el sello de medieval. ■ ■